

El quehacer en el AT, ¿qué hacer? Interrogantes sobre la práctica.

Echezuri, Lucía y Fernández, Yamila Paola.

Cita:

Echezuri, Lucía y Fernández, Yamila Paola (2023). *El quehacer en el AT, ¿qué hacer? Interrogantes sobre la práctica*. XIX Congreso Argentino de Acompañamiento Terapéutico. Asociación de Acompañantes Terapéuticos de Argentina, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/luciaechezuri/11>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/phvQ/9ab>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL QUEHACER EN EL AT: ¿QUÉ HACER? INTERROGANTES SOBRE LA PRÁCTICA

Modalidad de presentación: Trabajo libre.

Eje temático: Estudios interdisciplinarios, integrales y nuevos desarrollos

Autoras

Lucía Echezuri

Lic. en Musicoterapia / Acompañante terapéutico

Hipólito Yrigoyen 6090 dpto. 11 (Remedios de Escalada)

1163095642

luciaechezuri@hotmail.com

Yamila Paola Fernández

Psicóloga / Acompañante terapéutico

General Lavalle 50 Dpto. 4F

1131788681

yamila_ypf_fernandez@hotmail.com

Institución: Construyendo Lazos (equipo privado de acompañamiento terapéutico)

El siguiente escrito se propone abordar una problemática común de la práctica del AT: el hacer. Se tratará de problematizar la concepción que uno lleva desde el sentido común de la “actividad” para luego introducirnos en la cuestión del cuidado.

Se concibe que el at es convocado para “algo” y ese algo tiene que ver con una dificultad del acompañado: no puede ordenar su casa, ocuparse de su higiene personal, del cuidado de su salud, no tiene actividades en el afuera, entre otras cosas. Entonces es cuando otras instancias, que van desde un equipo tratante, una curaduría o hasta la familia del sujeto, convocan al equipo para que responda a estas dificultades.

Ahora bien, ¿cómo nos posicionamos para responder a esto? ¿Cuál es la ética en la que el AT concibe su práctica? ¿De qué tipo de hacer y cuidado hablamos a la hora del encuentro con el acompañado? ¿De qué lugares comunes tenemos que cuidarnos para no caer en reproducir lógicas aplastantes? ¿De qué manera tomar estos pedidos iniciales para ir, de a poco, abordándolos en los espacios de acompañamiento?

Sin obturar ni dar significaciones cerradas proponemos estos interrogantes para abrir al diálogo con otros.

El AT es convocado para efectuar una acción allí donde otras instancias han fracasado. En varias ocasiones nos encontramos en los pedidos iniciales con dichos como “se ha intentado de todo”, o “no sabemos más que hacer”. En este sentido, el dispositivo de acompañamiento es solicitado como un último recurso vinculado con una acción específica: estar ahí para que un paciente haga algo que no puede por sí solo.

Nos encontramos con casos en donde aquella acción hace referencia al cuidado de sí mismo. Un acompañado no cuida su higiene personal o su salud y somos nosotros esos hacedores milagrosos que vamos a lograr que puedan solucionarlo. Nosotros, unos completos desconocidos que no tenemos ninguna relación con la persona, vamos a inmiscuirnos en su vida e iremos a comandar para que haga lo que “es correcto para su bien”.

Este enunciado, que puede parecer irónico y un poco sonso, sin embargo es el modo en que muchos tratamientos se posicionan ante un sujeto. Claramente proponemos otra lectura posible para intervenir frente a estos pedidos. Nuestra presencia en la cotidianeidad de un acompañado está justificada en algo para hacer y de eso no podemos desentendernos, aunque la propuesta la tomaremos desde otra orientación.

En su seminario 7 Lacan aborda la cuestión de la ética y ubica al psicoanálisis en un lugar distinto a la moral (que separa lo bueno de lo malo) y de aquellas prácticas del buen obrar que buscan la adaptación del sujeto a las lógicas de producción correspondientes a cada época. Diremos, entonces, que el psicoanálisis es constitutivo de una ética que apunta al nudo de lo posible (e imposible) para cada sujeto. El psicoanálisis propone una orientación por lo artesanal y, a partir de su principal artificio, la transferencia, es una cura a través del lazo.

Respecto de los modos en que un sujeto se encarga del cuidado de sí podremos decir que frente a lo imposible del malestar de la cultura cada uno se las arregla como puede e inventa modos de soportar lo real más sufribles que otros. Entonces, en nuestra práctica nos encontramos frente a cuerpos destrozados, hiper delgados, sucios e incluso llenos de cortes. Este encuentro con el padecimiento produce angustia y frente a eso son frecuentes, de nuestro lado, las respuestas por

el sentido común: hay que bañarse, hay que ir a los turnos médicos, hay que comer. Estos lugares son peligrosos porque olvidamos que estas modalidades de presentación son nada menos que soluciones que cada sujeto pudo encontrar frente a su propia existencia y anulando estas respuestas en su inmediatez se aplasta y niega su modo de habitar el mundo -por más loco que nos parezca-.

El sujeto se constituye en y con un otro por lo que, en el mejor de los casos, es a raíz de la relación que se arme en el espacio de acompañamiento con ese otro que el acompañado tal vez pueda tomar un registro diferente de su relación con el cuerpo. Walter Kohan, en su libro *“Infancia, política y pensamiento. Ensayos de filosofía y educación”* (2007) liga a la figura del extranjero con la de la infancia, ambas relegadas a la imposibilidad: ni el infante ni el extranjero hablan nuestra lengua, ni participan de la res pública. Kohan propone entonces desnaturalizar esta lógica de la ausencia y pensar a la extranjería desde la afirmación, desde una presencia que en su diferencia altere el orden de lo dado. Tomando a Rancière, Kohan sostiene que “la extranjería no viene dada, se conquista, mezcla de voluntad y casualidad”, y desde aquí piensa en su lógica transformadora: en la paradoja tomada de Derrida, no es el anfitrión quien invita al extranjero, sino éste, en su entrada a este territorio en calidad de extranjero, quien invita al anfitrión a recibirlo, es el anfitrión del anfitrión. De este modo, sosteniéndonos en una presencia extranjera, extranjera de los modos y demandas que nos convocaron a inaugurar el dispositivo de AT, sin hablar su lengua, es que podemos invitar a las personas que acompañamos a ocupar otros lugares, a salir de sus tierras para encontrar otras posibilidades frente a lo que las hace padecer. De esta manera no sorprende cuando uno escucha viñetas en las que frente a una mirada de incomodidad o preocupación de un acompañante alguien resigne una acción que implique un daño para su persona así como un niño resigna lo que retiene en pos del amor materno. Porque toda renuncia de goce es, al fin y al cabo, por amor.

Lo que sigue a continuación es una viñeta para ilustrar lo hasta aquí expuesto:

S es una joven para la cual su equipo tratante solicita acompañamiento porque es riesgoso que se encuentre sola, debido a que intenta atentar continuamente contra su propia vida. El caso se presenta con tal gravedad que se instala alrededor de la cotidianidad de la acompañada un dispositivo de 24 horas los siete días de la semana. Los profesionales a cargo de su tratamiento (y su madre) insistían en la

necesidad de vigilar cada acción de ella para evitar que se infrinja un daño. Desde el AT se toma esta preocupación, no se la descarta pero se intenta proponer otro modo de intervención que instaure un cuidado del cual la joven se pueda ir apropiando. El primer movimiento fue correrse del lugar de control al cual fue convocado el AT para instaurar un lazo con ella, y ese lazo posibilitó que pueda desplegar una palabra que ubique sus acciones mortíferas en relación a una historia de padecimiento. Ya no era anónima la respuesta de ella, esos modos de lastimarse cobraron significación frente a una historia de vida, de daños hacia su cuerpo por parte de otros, que pudo enhebrarse en el espacio de acompañamiento terapéutico. Además, correrse de una mirada patologizante pudo favorecer que ella le haya dado otros cauces a su dolor, vía la palabra, el estudio o la expresión artística. La potencia del trabajo desplegado en el acompañamiento terapéutico radicó, fundamentalmente, en ver a la acompañada en otros términos, fundar otro lugar para ella que no fuera el de la paciente enferma grave, brindarle otros significantes posibles en la plena libertad de elegir qué posición ocupar.

Claudia Banfi en su libro *Musicoterapia, acciones de un pensar estético*, nos recuerda que el hacer -en este caso música, pero en realidad cualquier hacer- no viene a estar en representación de nada ni es azaroso, sino que los modos de hacer *equivalen al sujeto*, existe una identidad entre aquello material formal que nos es dado a percibir y la subjetividad de quien acciona. De esta forma, aquello que vemos que quienes acompañamos hacen o dejan de hacer, sus formas de vivir su cuerpo y el espacio que habitan, las maneras de relacionarse con el otro, son las formas que encontraron de ser en el mundo. Ir contra eso, intentar modificarlo en pos de un bien supuesto, es atentar directamente contra quienes ellos son. De aquí la necesidad de entregarnos a la dinámica incierta propia del acompañamiento, a la cual debemos asistir desde un estar ignorante: no ignorante del padecimiento para el cual ofrecemos nuestra presencia para ayudar a sobrellevar, ni ignorante de la teoría y las posibles acciones que podamos llevar a cabo, sino ignorante de aquello que el sujeto es capaz de crear y de las formas en las que materializa la afirmación de su existencia.

Esta entrega del acompañante puede pensarse en términos de lo que Francois Jullien propone como *disponibilidad*. El autor toma elementos de la filosofía oriental para repensar la posición del analista haciendo un aporte novedoso a la teoría. La disponibilidad nos invita al encuentro de la novedad, no fijándonos en ningún saber

sino entrando a la escena renunciando a nuestra iniciativa de sujeto, que sería aquel que presume, elige, decide, se fija fines y se proyecta los medios para algo. La renuncia a esta iniciativa le permitiría que toda novedad lo encuentre. Esta actitud permitirá salir de toda posición, que es a su vez una negación de otras posibles, teniendo una mirada cerrada. Para Jullien, la disponibilidad no es una renuncia sino una conquista que invita a estar abierto a otros órdenes y opera en un orden estratégico. Podremos decir, entonces que ese estar ignorante es a su vez un estar disponible.

En esta tarea es imprescindible la labor artesanal de búsqueda del detalle, de reconocimiento de cualquier manifestación diferente, que abra nuevas posibilidades, que enriquezca la atmósfera de lo ya conocido, donde el sujeto pueda jugar a hacer -y ser- otra cosa que aquello que se le venía imponiendo. Y la herramienta es la improvisación. Se improvisa creando en el momento nuevas formas, nuevas relaciones y nuevas funciones para lo ya existente. No es la obligación de la creación de lo inédito o impensado, menos aún el apego a las formas dadas, ya sea de quienes acompañamos como de quienes nos solicitan acompañar. Es la propuesta de un espacio vacío donde de esa persona no se espere nada, no se le quiera nada, un espacio que no se intente llenar con ningún gesto ajeno, para que el sujeto a quien acompañamos pueda tener la libertad de crear nuevos modos de ser y estar en el mundo. Esto no nos deja fuera de la escena, cada AT con cada estilo hará lo suyo pero sin pretensiones, abstinente de quererle cosas al acompañado, en una entrega a lo que suceda.

La propuesta, entonces, será hacer con un cuidado radical de lo que es ese sujeto en su singularidad. ¿Hacer qué? Aquello que entre en el mundo de posibilidades de quien acompañamos, alejándonos de prejuicios y moralismos para inmiscuirnos en la novedad. El hacer del acompañante terapéutico funda su sentido en la escucha, la escucha advertida va a ser la primera acción de quien acompaña. El resto de lo que querramos hacer en una primera instancia solamente logrará obturar esa escucha. Incluso, consideramos que la pregunta por el hacer no sería “¿hacer *qué?*”, sino “¿hacer *cómo?*”.

No se desconoce que este método de acompañamiento implica división y angustia de nuestro lado, pero es allí donde sostenemos que el sujeto a escuchar y acompañar es uno solo, y uno está ahí en disposición radical, en un estar atento a

las posibilidades del otro, a la espera de una variación, una diferencia, un hacer propio.

Bibliografía

Banfi, C. (2015). Musicoterapia. Acciones de un pensar estético. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Freud S. (1930). El malestar en la cultura. En Obras Completas. Buenos Aires, Amorrortu Editores. 1976. Tomo XXI. Cap. V, VI y VII.

Kohan, W. (2007). Infancia, política y pensamiento. Ensayos de filosofía y educación. Buenos Aires: Del Estante Editorial

Lacan, J. (1959-60). El Seminario, Libro 7: "La ética del psicoanálisis". Buenos Aires: Paidós, 1989.

Jullien F. (2012) "Cinco conceptos propuestos al psicoanálisis" Buenos Aires: El cuenco del Plata. 2013.